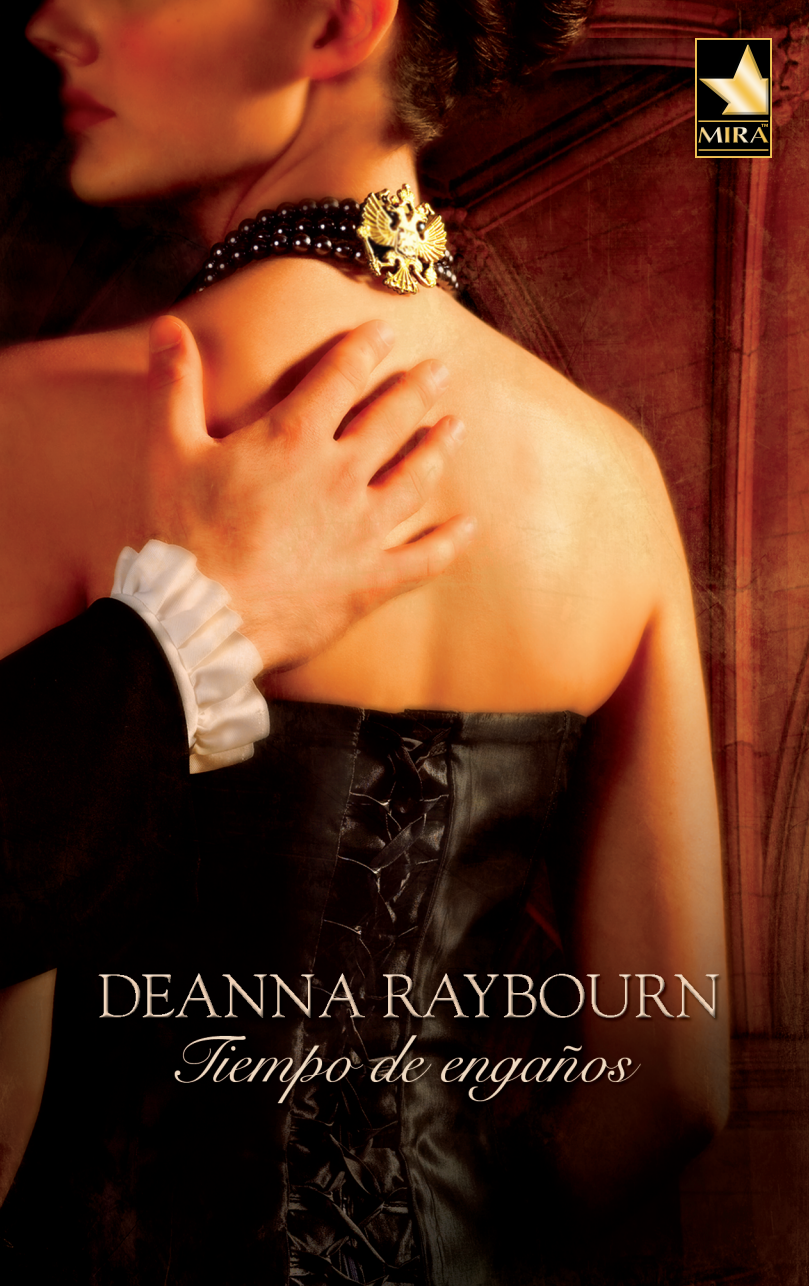
MIRA
DEANNA RAYBOURN
Tiempo de engaños

DEANNA RAYBOURN

Tiempo de engaños



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2009 Deanna Raybourn. Todos los derechos reservados.
TIEMPO DE ENGAÑOS, Nº 240 - 1.12.09
Título original: Silent in the Sanctuary
Publicada originalmente por Mira Books, Ontario, Canadá.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.
Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.
® Harlequin, logotipo Harlequin y Mira son marcas registradas por Harlequin Books S.A.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-671-7491-5
Depósito legal: B-39296-2009
Editor responsable: Luis Pugni

1

Italia, 1887

Los viajeros deben estar contentos.

Como gustéis

—Bien, supongo que esto lo resuelve todo. O volvemos todos a casa por Navidad, o nos tiramos al lago Como para expiar nuestros pecados.

Yo miré a mi hermano con severidad.

—No te pongas tan taciturno, Plum. Papá sólo está enfadado con Lysander —dije mientras sujetaba la carta de Inglaterra entre los dedos.

El papel me quemaba las manos. El temperamento de mi padre era una fuerza de la naturaleza y, como no podía echarle un sermón a Lysander directamente, se había concentrado en escribir la reprimenda con gran energía.

—Los demás podemos volver a casa con tranquilidad —dije—. Pensadlo, ¡navidades en Inglaterra! Co-

mer pudin de pasas, jugar a la boca de dragón, colgar el muérdago y tomar ponche…

—Sabañones y sábanas húmedas, nieblas tan espesas que no te dejan ver más allá de la puerta —añadió Plum con una expresión avinagrada—. Alguien llorando en el armario de la ropa blanca, y papá encerrándose en el despacho después de amenazar con tirarnos a todos al foso.

—Es verdad —dije yo, cada vez más entusiasmada—. ¿No os parece maravilloso?

Plum esbozó una sonrisa de melancolía.

—En realidad, sí. He echado de menos la casa, y también a la familia. Sin embargo, me da pena marcharme de Italia. Ha sido una aventura que no voy a olvidar fácilmente.

En aquel punto estábamos completamente de acuerdo.

Italia había sido como un bálsamo para mí, calmante y estimulante a la vez. Me había reunido con dos de mis hermanos, Lysander y Eglamour, Plum para la familia, después de sufrir la pérdida de mi marido y más tarde de mi casa, y, por último, casi de mi propia vida. Había llegado a Italia con la salud prácticamente rota y el alma en un estado más lamentable aún. El pasar cuatro meses en un clima cálido y soleado, en compañía de mis hermanos, había hecho que me recuperara. Y, aunque últimamente el tiempo se había hecho más frío y estaba llegando el invierno, yo no tenía ganas de marcharme de Italia todavía. Sin embargo, el atractivo de estar en casa, con mi familia, particularmente en Navidad, era muy grande.

—Pero, ¿quién dice que tenemos que volver permanentemente? Italia siempre estará aquí. Podemos ir a Inglaterra para las Navidades, y estar de vuelta en Venecia a tiempo para los carnavales.

Plum sonrió.

—Eso es terriblemente astuto por tu parte, Julia. Creo que vivir entre italianos te ha hecho desarrollar el talento para la intriga.

Era una broma, pero aquel comentario estaba muy cerca de la verdad, e incliné la cabeza hacia mi bordado. Me había implicado en una intriga en Inglaterra, aunque nunca había hablado de ello con mis hermanos. Se había llevado a cabo una investigación sobre la muerte de mi marido; la había llevado a cabo un detective privado. Mientras le prestaba ayuda, había sido yo misma la que había desenmascarado al culpable. Había sido un trabajo peligroso y desagradable, y yo me dije que estaba feliz de haber terminado.

No obstante, mientras clavaba la aguja en la tela y dejaba un maravilloso rastro de seda encarnada tras ella, sentí una punzada de tristeza y de arrepentimiento por el hecho de llenar mis días con las ocupaciones fútiles de las damas de la buena sociedad. Había saboreado lo que era ser útil, y ahora me dolía ser solamente decorativa. Anhelaba hacer algo más importante que bordar cojines y servir el té.

No me permití pensar en las otras cosas que me hacían daño. Le di un tirón a la aguja, y se formó un nudo en la hebra.

—Demonios —murmuré, y rebusqué las tijeras en mi costurero.

—Somos una pareja engañosamente doméstica —dijo Plum de repente.

Yo corté los hilos y lo miré.

—¿Qué quieres decir?

Él agitó la mano.

—Esta villa preciosa, el fuego del hogar, y los dos en zapatillas. Yo, leyendo mi periódico de Inglaterra mientras tú bordas. Podríamos ser cualquier pareja,

junto a cualquier chimenea, dejando que pasaran plácidamente las horas de una tarde de otoño.

Miré a mi alrededor. Nuestra villa alquilada era confortable, incluso lujosa. Las ventanas del gabinete tenían vistas al lago Como, aunque las pesadas cortinas de terciopelo estaban cerradas desde hacía un buen rato, puesto que había anochecido.

Lo que fuera a decir después se me olvidó. Mi doncella, Morag, entró al gabinete y anunció una visita.

—El conde de Fornachís.

Yo le lancé una mirada asesina y dejé a un lado la labor. Plum tiró el periódico al suelo y se puso en pie.

—¡Alessandro! —exclamó—. ¡Qué sorpresa más agradable! No te esperábamos hasta el sábado.

Morag no se movió, así que nuestro visitante la rodeó con aplomo y se quitó el sombrero y el abrigo. Estaban salpicados de gotas de lluvia que brillaban a la luz del fuego. Él le tendió ambas prendas a Morag, que lo miró como si acabara de ofrecerle un animal muerto. Yo me apresuré a tomarlas.

—Alessandro, ¡cómo me alegro de verte! —dije, y le entregué el abrigo y el sombrero a Morag—. Llévatelos y cepíllalos bien —le ordené—. Y se apellida Fornacci —le dije en un susurro furioso.

Ella se encogió de hombros y frunció los labios, y se marchó arrastrando la cola del precioso abrigo de Alessandro por el suelo de mármol blanco.

Yo me volví hacia él con una gran sonrisa.

—Por favor, pasa y siéntate junto al fuego. Hace mucho frío, y debes de estar helado.

Él me miró con gratitud, y con algo más. Plum y yo nos apresuramos a mullir los cojines, lo acomodamos en una butaca junto a la chimenea y le dimos un vaso de buen whisky irlandés. Alessandro nunca había probado el whisky, hasta que conoció a mis hermanos,

pero se había convertido en todo un experto durante aquellos meses de amistad. Para empezar, ya no había vuelto a cometer el error de echar la cabeza hacia atrás y apurar todo el licor de un solo trago.

Después de pasar unos minutos junto al fuego, se descongeló lo suficiente como para hablar.

—Me complace mucho veros de nuevo —dijo, con buen cuidado de mirarnos tanto a Plum como a mí mientras hablaba—. Estoy deseando pasar las Navidades con vosotros aquí.

Hablaba un inglés muy fluido, mucho más que mi italiano, pero todavía tenía una formalidad que yo encontraba encantadora.

Plum, que se había servido también un vaso de whisky, tomó un buen trago.

—Me temo que ha habido un cambio de planes, viejo.

«Viejo» era el apodo favorito de mi hermano para Alessandro, sin duda por su incongruencia. Alessandro era bastante más joven que todos nosotros.

La cara del joven se ensombreció un poco, y nos miró a Plum y a mí con el ceño fruncido de preocupación.

—¿Ya no estoy invitado para la Navidad? Entonces, ¿regreso a Firenze?

Yo le di una palmada en la rodilla a Plum.

—No seas malo. Vas a conseguir que Alessandro no se sienta bienvenido.

Habíamos quedado en que Alessandro vendría con nosotros en noviembre, y que todos pasaríamos las fiestas juntos antes de hacer un tranquilo viaje hacia Venecia, para el carnaval. Ya no había posibilidad de llevar a cabo aquel plan. Yo me volví hacia Alessandro, y admiré durante un momento el reflejo de las llamas en su pelo. Yo pensaba que era negro, pero en

aquel momento, sus rizos tenían brillos de color ámbar y bronce. Me pregunté si sería muy difícil convencer a Plum para que lo pintara.

—Verás, Alessandro —le expliqué—, hemos recibido una carta de nuestro padre, el conde de March. Está muy descontento con mi hermano Lysander desea que todos volvamos a Inglaterra inmediatamente. Pasaremos las Navidades allí.

—Ah. ¿Cómo va a oponerse uno a la llamada de la familia? Debéis volver, amigos míos, debéis volver. Sin embargo, siempre llevaréis con vosotros el gran aprecio de Alessandro Fornacci.

Aquella bonita respuesta fue acompañada de una pequeña reverencia del cuello y una expresión que, aunque dolida, era tan noble como para hacer que César que sintiera orgulloso.

—Tengo una idea mejor —intervino Plum, hablando lentamente—. ¿Y si nos llevamos a Alessandro a casa?

Yo acababa de tomar un sorbito de whisky, y me atraganté ligeramente.

—¿Disculpa, Plum?

Alessandro alzó las manos con un gesto que yo había visto hacer a muchos italianos, como si estuviera apartando algo.

—No, amigo mío, no debo. Si tu padre está verdaderamente enojado, no apreciará la visita de un extraño en esta ocasión.

—¿Estás loco? Ésta es precisamente la ocasión perfecta para llevar a alguien de fuera de la familia a casa. Eso impedirá que mate a Lysander directamente. Se comportará mucho mejor si te llevamos a Inglaterra con nosotros. El viejo tiene ideas peculiares, pero es muy hospitalario.

—Plum, te ruego que no te refieras a papá como «el viejo». Es irrespetuoso —le reprendí.

Alessandro estaba agitando la cabeza.

—Pero no estoy invitado. Sería una terrible falta de educación.

—Sería una falta de educación mucho peor que nuestro padre matara a su propio hijo —replicó Plum con ironía—. Y sí estás invitado, te hemos invitado nosotros. Sin embargo, tengo que advertirte que la casa familiar está muy anticuada. Papá no es seguidor de las nuevas ideas, al menos en lo referente a las casas de campo. No hay calefacción a vapor, ni luz de gas. Todo son chimeneas y velas, me temo, pero es un lugar muy especial. Siempre has dicho que querías conocer Inglaterra, y la abadía de Bellmont es algo típicamente inglés, querido muchacho.

Alessandro titubeó.

—Si me permitís el atrevimiento, ¿por qué está el conde tan enfadado con Lysander? No será por…

—Sí —dijimos Plum y yo al unísono.

Justo en aquel momento comenzamos a oír sonidos de una discusión desde el piso de arriba. Hubo un grito y el inconfundible estruendo de la porcelana rompiéndose.

—Pero el conde, él no puede poner objeciones al matrimonio de Lysander con una dama tan noble y encantadora como Violante —dijo Alessandro, de manera bastante diplomática, en mi opinión.

Algo aterrizó en el suelo con un gran golpetazo e hizo que temblara el techo y que la lámpara de araña que colgaba sobre nuestras cabezas se tambaleara suavemente.

—¿Creéis que ha sido uno de los dos? —preguntó Plum.

—No hagas bromas. Si ha sido uno de los dos, tendremos que ocuparnos del cuerpo —le recordé yo. Violante comenzó a gritar, dando énfasis a sus palabras

con pequeños golpes de talón en el suelo, a juzgar por el sonido.

—Me pregunto qué le estará llamando. No puede ser muy agradable —musité yo.

Alessandro se encogió de hombros con elegancia.

—Lamento que mi comprensión del napolitano sea imperfecta —dijo, y bajó la mirada. Yo me pregunté si entendía más de lo que la cortesía le permitía admitir.

—Probablemente es mejor —dijo Plum, y apuró el resto del whisky que le quedaba en el vaso.

—No termines toda la botella —le advertí yo—. Lysander querrá uno o dos vasos cuando hayan terminado de discutir esta noche.

—O siete —replicó Plum, y apretó los labios.

Yo le lancé una mirada de desaprobación. Para mí, las dificultades maritales de Lysander no eran fuente de diversión, porque también las había soportado. Plum, sin embargo, demostraba la indiferencia de un soltero. No había dicho nada, pero yo tenía la sospecha de que la deserción que su hermano favorito había perpetrado hacia él casándose le había dolido mucho. Llevaban años viajando por el Continente, vagando hacia donde les habían conducido sus intereses y sus conocidos, explorando los museos, las óperas y los castillos en ruinas.

Escribían poesía y conciertos, y pintaban frescos en los muros de las abadías antiguas. Habían sido compañeros hasta que Lysander, que ya tenía más de treinta años, había visto a Violante sentada, con aire sereno, en el palco de su tío en La Fenice. Y había sido, como decían los toscanos, alcanzado por el rayo.

También había habido algo de engaño. Después de investigar un poco, Lysander descubrió que Violante era napolitana, no veneciana, y que en ella no había nada de serenidad. Llevaba en la sangre toda la pasión,

el calor y la energía de su ciudad natal. Violante era Nápoles, y para un inglés de sangre y cabeza frías como Lysander, el efecto era embriagador. Se casó con ella al mes de conocerla, y nos puso a Plum y a mí ante un hecho consumado, ante una cuñada que nos llenó de besos y nos envolvió en perfume de jazmín. Yo la encontraba encantadora y muy natural, aunque agotadora. Plum, por otra parte, era perfectamente cordial y cordialmente perfecto. Siempre que Violante bajaba de un carruaje o se estremecía de frío, él le ofrecía ayuda o su abrigo, inclinándose y murmurando una respuesta elegante a sus muestras efusivas de agradecimiento. Y, sin embargo, siempre la observaba con la actitud distante que uno pudiera reservarle a los animales del zoológico. A menudo, yo pensaba que podría haber cariño de verdad si él fuera un poco más tolerante y pudiera perdonarle el hecho de haber irrumpido tan precipitadamente en nuestras vidas.

Pero Plum era obstinado, yo sabía que si abordaba el tema directamente con él sólo conseguiría que clavara los talones en el suelo como un pony terco. Así pues, me dediqué a distraerlo con regalitos y caprichos, engatusándolo para que estuviera de buen humor.

Y entonces, conocimos a Alessandro, o, para ser exactos, yo conocí a Alessandro, porque él era amigo de mis hermanos desde hacía años. En Roma hacía demasiado calor, había demasiado ruido, todo era demasiado para el delicado estado en el que me encontraba cuando llegué a Italia. Inmediatamente, mis hermanos decidieron dejar la ciudad y hacer un tour tranquilo por el norte. Nos quedábamos unos cuantos días, incluso semanas, en cualquier lugar que nos pareciera interesante, pero siempre dirigiéndonos hacia Florencia. Allí nos instalamos en un pequeño *palazzo*, y yo comencé a recuperarme. Mi voz, enronquecida por el humo del in-

cendio de mi casa, se suavizó de nuevo, y aunque nunca volvió a ser la misma, al menos no estaba dañada notablemente. Se me fortalecieron los pulmones, y mi espíritu se elevó. Lysander se sintió lo suficientemente tranquilo como para dejarnos y aceptar la invitación para ir a Venecia, al estreno privado de la ópera de un amigo. Plum se comprometió a cuidarme, y Lysander partió. Volvió un mes más tarde, después de interminables retrasos y una boda secreta, acompañado por su voluble y flamante esposa.

Alessandro nos había hecho compañía mientras Lysander estaba de viaje, guiándonos hasta una *piazza* escondida, mostrándonos jardines secretos y galerías que no estaban atestadas de turistas. Nos llevó a Fiesole en un carruaje de ponis adornado con lazos, y nos detuvimos a admirar las maravillosas vistas desde aquella ciudad encantada de la cima de la colina. Buscó alojamiento en preciosas posadas con patios llenos de flores, donde nos sirvieron comida deliciosa. Plum siempre se alejaba con su cuaderno de bocetos en la mano, para capturar una fila de cipreses, rectos y robustos como un regimiento, o la curva elegante de la mejilla de una señorita, distinguida como una diosa salida de un mito. No parecía que a Alessandro le importara mucho. Me hablaba de historia y de cultura, y practicábamos nuestros idiomas, aprendiendo a hablar de todo y de nada en particular.

Fueron las semanas más serenas y más llenas de paz de mi vida, y terminaron cuando Lysander volvió con Violante, henchido de orgullo, con la barbilla más elevada de lo corriente, en un gesto de desafío y de felicidad. Con su cortesía innata, Alessandro se retiró inmediatamente para que pudiéramos tener privacidad familiar. Hubo conversaciones tensas, que casi eran discusiones, durante las cuales todos palidecíamos al-

rededor de los labios, y durante las cuales yo notaba mucho calor en el rostro. Lysander no deseaba informar a nuestro padre de que se había casado, y pensaba hacer un viaje a Inglaterra en algún momento del verano y llevar a su esposa, por sorpresa, a casa. Plum y yo nos opusimos firmemente a ello, y le recordamos cuál era su deber, su obligación, su buen nombre. Y, más importante todavía, su asignación. Si mi padre quedaba como un bobo, o si Lysander lo enfadaba demasiado, podía reducir mucho la asignación económica de mi hermano, o suspenderla por completo. Lysander era un músico de gran talento, pero era un director de orquesta frustrado, un diletante. No tenía una reputación seria sobre la que construir su carrera, y sin educación formal, sin buenos contactos, su situación era imposible. Finalmente cedió, aunque de mala gana, y Plum escribió a nuestro padre en su nombre para decirle que había un nuevo miembro de la familia.

La reacción fue rápida: un llamamiento para que Lysander llevara a su esposa a casa inmediatamente. Lysander, en un gesto típico de evasión, alquiló la villa en el lago Como e insistió en que no podíamos volver a casa antes del Carnaval, y que también podíamos pasar la Navidad en el país de los lagos. Sin embargo, había subestimado a mi padre. La segunda carta había sido más específica y brutal. Nos esperaba a todos sin excepción, e inmediatamente. Lysander enmascaró su miedo con una actitud desafiante: dejó la carta sobre la repisa de la chimenea, se encogió de hombros y salió del gabinete. Violante lo siguió, acusándolo de avergonzarse de ella, si acaso yo lo entendí bien. El dialecto napolitano me había vencido casi desde el principio, y pensé que nuestra incapacidad para entendernos la una a la otra era lo que explicaba que Violante y yo nos lleváramos tan bien.

De repente, Plum ladeó la cabeza.

—Escuchad el silencio. ¿Creéis que por fin uno ha asesinado al otro?

—Esa sugerencia es horrible —le dije yo, y tomé de nuevo la labor—. No, no creo que ninguno haya cometido un asesinato. Creo que han decidido hablar del asunto racionalmente, de un modo maduro y adulto.

Plum soltó un resoplido, y Alessandro fingió que no se daba cuenta y tomó un poco de whisky, silenciosamente.

—¿Maduro? ¿Adulto? Querida, llevas semanas viviendo con ellos. ¿Los has visto conversar de cualquier cosa de un modo maduro y adulto? No. Y no van a hacerlo ahora, mientras disfruten del estímulo que una enérgica discusión le proporciona al matrimonio.

Yo parpadeé.

—Son recién casados. Están enamorados. No creo que lanzarse platos a la cabeza les haga disfrutar.

—¿No? Nuestra querida Violante es una sureña, que sin duda, aprendió a gritar mientras su madre la amamantaba. Y Lysander es un idiota que ha leído demasiada poesía. Confunde el volumen de la voz con la profundidad de los sentimientos. Yo he perdido toda esperanza con él.

—No se preocupe, lady Julia —dijo Alessandro con gentileza. Giulia, dijo, pronunciando las sílabas como si fueran poesía—. Por decirlo claramente, es sólo la forma de comportarse de los sureños. Son muy distintos de los habitantes del norte. Nosotros somos más fríos y atemperados, como el clima.

Me dedicó una sonrisa encantadora, y yo hice un esfuerzo por devolvérsela.

—Sin embargo, hay demasiado silencio —comenté—. ¿Habrán hecho las paces?

—No —dijo Lysander con amargura. Estaba junto

a la puerta, con el pelo revuelto y la cara sonrojada de ira, con la espalda rígida de resentimiento. Era una postura muy común en él durante aquellos días—. Violante está empeñada en que cumplamos las órdenes de nuestro padre. Quiere conocer Inglaterra y a su querido papá, según dice —se dejó caer sobre una butaca, junto a Plum, con una expresión sombría—. Hola, Alessandro. Siento que hayas tenido que oír todo eso —añadió, mirando hacia el techo.

Alessandro murmuró otro saludo mientras yo observaba a mis hermanos. De repente, sentí una repentina oleada de emoción por ellos. Eran guapos y irresponsables, muy parecidos, con los mismos ojos verdes, el pelo oscuro y la tez pálida que había distinguido a la familia March durante siglos. Sin embargo, aunque se parecieran físicamente, su forma de vestir los marcaba como hombres diferentes. Plum se tomaba grandes molestias en encontrar los trajes más estrafalarios que pudiera encontrar, y se ponía abrigos de terciopelo que habían pasado de moda cien años antes, o sombreretes de seda con los que parecía un champiñón bastante elegante.

Por el contrario, Lysander era devoto de la elegancia de Brummell. Nunca vestía con otros colores que no fueran el blanco y el negro, y se probaba cada uno de sus trajes una docena de veces como mínimo. Era tan especial como un pachá.

Cuando salían juntos, llamaban la atención, cosa que sin duda era lo que esperaban. Tenían el don de hacer amigos con facilidad, y muchas veces, desde que yo había llegado a Italia, habíamos entrado a un restaurante, o a un hotel, o a un palco de la ópera en los que habían saludado a mis hermanos por su nombre, o besándolos efusivamente, ofreciéndoles comida y bebida como si pertenecieran a la realeza. Podían ser encanta-

dores cuando querían, y resultaban una compañía deliciosa. Hasta que se aburrían o se frustraban. Entonces eran capaces de hacer diabluras horribles, aunque se habían comportado muy bien desde que yo me había unido a ellos.

Yo miré a Alessandro disimuladamente. Todavía estaba tomando sorbitos de su bebida, saboreándola lentamente, con la raya de los pantalones impecable a pesar del mal tiempo. Era un caballero joven, elegante y sereno, y pensé que con un poco más de tiempo podría haber sido una influencia noble para mis hermanos.

Yo me alisé la falda y carraspeé.

—Querido —le dije a Lysander—, me parece que está bastante claro que tenemos que volver a Inglaterra, y que debes enfrentarte a papá. Ahora podemos quedarnos aquí hasta media noche, discutiendo como ladrones, pero finalmente te venceremos, así que podrías capitular ahora y dejar que comencemos a planificar el viaje.

Lysander apartó los ojos de mí y los clavó en Plum con una expresión de asombro.

—¿Cuándo se ha hecho así de enérgica Julia? Ella nunca ha sido enérgica. Ni mandona. Julia, no creo que me guste mucho esta nueva faceta tuya. Estás empezando a parecerte a nuestras hermanas, y a mí no me caen bien nuestras hermanas.

Yo no dije nada, pero lo miré con paciencia, agradablemente, a la expectativa. Después de un momento, él gruñó.

—Paz, te lo ruego. Soy impotente ante las mujeres resueltas.

Pensé en su tempestuosa mujer, y me pregunté si debía hacerla partícipe del poder que entrañaban unos cuantos minutos de significativo silencio. Sin embargo,

tenía un trabajo que hacer, y tomé nota de que debía hablar con Violante un poco más tarde.

—Entonces, estamos de acuerdo —dije.

Me levanté y tomé los útiles de escritura. Tenía un portafolio de cuero granate, con mis iniciales estampadas en oro, y lleno de papel florentino. Mojé la pluma en la tinta y miré a mis hermanos con decisión mientras apoyaba la punta en el papel.

—También hemos recibido una carta de la tía Hermia, y he conseguido sacar en claro que tiene intención de dar una fiesta de varios días en Navidad. No podemos llegar sin regalos.

—Oh, por Dios —murmuró Lysander.

Plum se había animado bastante y disfrutaba mucho de la inquietud de nuestro hermano. Claramente, el regreso del hijo pródigo recién casado no iba a ser un asunto tranquilo. Conociendo a la tía Hermia, yo tenía la sospecha de que había invitado a toda la familia, algo trascendente si se tenía en cuenta que éramos diez hermanos, y a la mitad del pueblo de Blessingstoke también.

—Vamos, vamos —dijo Plum—. No será tan malo. Cuanta más gente haya comiendo y bebiendo vino, menos probable es que papá te retire la asignación. Ya sabes lo mucho que le gusta hacer de señor del castillo.

—Es el señor del castillo —le recordé yo a Plum—. Bueno, se me ocurre que llevemos un poco de ese delicioso mazapán. Un surtido de frutitas y pajaritos, empaquetados y atados con lazos. Lo vi en Milán, y podemos parar de camino a la estación del tren. Eso servirá muy bien para las señoras. Y algunos frasquitos de agua de rosas. Compré docenas en Florencia.

Escribí unas cuantas notas, incluyendo un recordatorio para pedirle a Morag que buscara aquel grabado de Byron que yo había comprado en Siena. Sería un re-

galo de Navidad perfecto para mi padre. Disfrutaría inmensamente lanzándole dardos.

De repente levanté la vista y me encontré con que mis hermanos me estaban observando con idénticas expresiones de perplejidad.

—¿Qué? —pregunté—. ¿Habéis pensado en algo que debería comprar?

—Te has hecho eficiente —dijo Lysander sin miramientos—. Estás haciendo una lista. Yo siempre pensé que eras la más normal de mis hermanas, y ahí estás, organizando, como las demás. Estoy seguro de que podrías planificar una campaña militar que pusiera en ridículo a Napoleón, de proponértelo.

Me encogí de hombros.

—Por lo menos, a mí no se me habrían olvidado los abrigos en el frente ruso. Bueno, Plum ha propuesto que Alessandro venga con nosotros a Inglaterra.

Lysander se irguió de un salto y tomó de la mano a Alessandro.

—Amigo, ¿es cierto eso? ¿Vendrías a Inglaterra con nosotros?

Alessandro nos miró a Lysander y a mí con cara de estar desconcertado por los acontecimientos.

—Como ya les he expresado a tus amables hermano y hermana, tengo reparos, amigo mío. Tu padre, lord March, no me ha invitado personalmente. Y éste es un momento de gran delicadeza.

—No hay mejor momento que éste —insistió Lysander—. Ya has oído a Julia. Papá y la tía Hermia están organizando una maldita gran fiesta.

—Cuida tu lenguaje, Lysander —murmuré yo.

Naturalmente, él me hizo caso omiso.

—Alessandro, el hogar de nuestra familia es una abadía reformada. Hay sitio para una docena de regimientos, si deseáramos invitarlos. Y no te preocupes

por nuestro padre. Plum te ha invitado, y yo también. Y estoy seguro de que Julia también desea que vengas.

Alessandro me miró. Sus ojos, cálidos y oscuros como la miel de nogal, atraparon los míos.

—¿Es eso cierto, milady? ¿Desea que yo vaya también?

Yo pensé en las semanas que había pasado en compañía de Alessandro, días largos y soleados, perfumados con la fragancia embriagadora del romero, y salpicados de silencios serenos, rotos solo por el zumbido de las abejas. Pensé en su mano, cálida sobre la curva de mi espalda mientras me ayudaba a subir por muros de piedra para saltar a un campo, donde hacíamos una merienda de lonchas de pollo frío, y bebíamos un vino blanco tan frío que me entumecía las mejillas. Y pensé en lo que él me había dicho, que tenía ganas de viajar, de ver un poco de mundo antes de acomodarse demasiado, de establecerse demasiado como para dejar Florencia.

—Por supuesto —dije, con una firmeza que me sorprendió—. Creo que te gustaría mucho Inglaterra, Alessandro. Y serías muy bien acogido en la abadía de Bellmont.

Él asintió lentamente.

—Entonces, iré —dijo por fin, sin dejar de mirarme.

Lysander prorrumpió en vítores y Plum sirvió más whisky en sus vasos, e hizo un brindis por nuestros viajes. Yo seguí con mis notas, pero cuando moví la mano por la hoja, me tembló un poco, y manché la cremosa expansión con una gota de tinta. Con un profundo suspiro, le apliqué el secante y seguí escribiendo hasta que la llené. Después tomé otro papel.

Al final, los caballeros me dejaron, Plum para mostrarle su habitación a Alessandro y Lysander para darle

a Violante la noticia de nuestra inminente partida. Yo me quedé sola con el lento tictac del reloj y el crepitar del fuego. Seguí escribiendo notas para rechazar invitaciones amablemente, o para pedir alojamiento, o para que nuestras cestas se llenaran de provisiones para el viaje.

Estaba tan inmersa en mi tarea que no oí que Morag se aproximaba, clara señal de mis preocupaciones, porque Morag se movía con la gracia de un caballo percherón.

—Así pues, nos vamos a Inglaterra —dijo, con la barbilla alta y con petulancia.

—Sí, nos vamos —respondí yo, sin levantar la vista del papel—. Y sabiendo el poco amor que le tienes a Italia, supongo que estarás contenta.

Ella resopló.

—Me complace poder tomar una comida decente, eso sí. No hay mejor cocina en Inglaterra que la de la abadía de Bellmont —dijo con lealtad.

—Yo no lo diría con tanta firmeza, pero la comida es buena —admití.

Era una cocina sencilla, porque papá se negaba a emplear a un chef francés, pero era suculenta y estaba bien preparada, y nunca se pasaba hambre en la abadía. Al contrario que en Italia. Aunque yo me había deleitado con los nuevos sabores, exóticos y ricos, Morag había subsistido a base de pollo hervido y arroz.

Seguí escribiendo, y ella holgazaneó por la habitación, atizando el fuego y mullendo algún que otro cojín. Finalmente, yo dejé la pluma.

—¿Qué quieres decir, Morag? Te oigo pensar.

Ella me miró, haciéndose la ofendida.

—Sólo quería ayudar. La habitación está desordenada.

—Tenemos criadas para eso —le recordé yo—. Y

un portero para que atienda la puerta. ¿Por qué abriste al conde Fornacci esta tarde?

—Estaba a mano —dijo ella con altivez.

—Ja. A mano porque amenazaste al portero, estoy segura —respondí. Morag podía ser muy testaruda, como yo había podido comprobar a menudo. Suspiré y le hice un gesto para que se retirara, y tomé la pluma de nuevo.

—Claro que —dijo ella lentamente— no he podido evitar darme cuenta de que su excelencia, el conde de Fornachís, va a venir a Inglaterra con nosotros.

—Fornacci, Fornacci —le dije de nuevo, sabiendo que era como intentar enseñarle a cantar a un perro—. Y sí, va a venir a Inglaterra con nosotros. Desea viajar, y es la oportunidad perfecta para que pueda pasar una temporada en una casa inglesa. Lo han invitado mis hermanos.

—¿Y usted no lo ha animado? —preguntó ella, con una mirada astuta de triunfo.

—Bueno, naturalmente, yo tenía que aprobar la invitación, porque habría sido una grosería no hacerlo.

Hice una lista de detalles que no debíamos olvidar antes de nuestra partida. El tacón de mi zapato de noche encarnado necesitaba una reparación, y yo había llevado el reloj de viaje preferido de Plum al relojero para que le arreglara la manilla de las horas y el cristal. Violante se lo había lanzado a Lysander, y lo había estropeado.

Morag continuó acechando detrás del escritorio, satisfecha como un gato. Yo casi podía ver las plumas del canario asomándole por entre los labios.

—Morag, si tienes algo que decir, dilo. Si no, déjame en paz. No estoy de humor para jueguecitos.

—No tengo nada que decir, nada en absoluto —dijo ella, alejándose lentamente hacia la puerta. Se detuvo

con la mano en el pomo—. Aunque, si fuera a decir algo, probablemente le preguntaría si al señor Brisbane le gustará la idea de que usted vuelva a casa con ese joven.

Una pausa, no más larga que la duración de un latido del corazón.

—Morag, los sentimientos del señor Brisbane no son de mi incumbencia, ni de la tuya. Me retiraré en un cuarto de hora. Asegúrate de que la cama está caldeada. Anoche estaba helada, y te culparé a ti si me resfrío.

Ella refunfuñó y se marchó, dando golpes por el suelo de mármol con las gruesas suelas de sus zapatos. Yo esperé hasta que estuve sola. Entonces, doblé los brazos sobre el escritorio y apoyé la cabeza encima. Nicholas Brisbane. El detective privado que había investigado la muerte de mi marido. Yo no había vuelto a pensar en él desde hacía meses. O, para ser exacta, había reprimido cualquier pensamiento sobre él despiadadamente, sin permitirme el más mínimo recuerdo. Hubo algo entre nosotros, algo indefinible, pero que había existido. Yo estaba segura de ello. Sin embargo, habían pasado cinco meses sin que tuviera noticias suyas, y había empezado a preguntarme si no lo habría imaginado todo, si no había imaginado los momentos que habían pasado entre nosotros como una corriente eléctrica, si había imaginado aquel momento abrasador en Hampstead Heath, en el que no habíamos podido controlarnos y nos habíamos aferrado el uno al otro apasionadamente. Sólo tenía el recuerdo de aquel beso interminable para consolarme, y el colgante de la moneda, que él me había enviado con un mensajero el día que yo me marchaba de Inglaterra.

Saqué aquel colgante de las profundidades de mi vestido y le di la vuelta sobre la palma de la mano. Es-

taba caliente, porque yo lo había tenido contra la piel durante todos aquellos meses como un talismán contra la soledad. Pasé un dedo por la cabeza de Medusa, por sus rizos de serpiente, maravillándome con la elegancia del trabajo. La moneda era antigua y delgada, pero el grabado era fino, tan fino que casi podía imaginármela hablando con aquellos labios redondos. Le di la vuelta y acaricié la fila de letras y cifras que él había pedido que inscribieran en el metal, un código que sólo yo podía descifrar. Había sentido una oleada de emoción la primera vez que lo leí, y estaba segura de que algún día, del algún modo que yo todavía no podía predecir, encontraríamos la forma de volver el uno al otro. «Porque donde tú estás, allí está el mundo».

Por el momento, no obstante, allí estaba yo, cinco meses después, sin una sola noticia de él. El colgante era un frío consuelo por su indiferencia. Apoyé la cabeza nuevamente en los brazos. Se me escapó un solo sollozo, grande, tembloroso. Después me levanté y, cuidadosamente, coloqué la pluma en su estuche y tapé el tintero. Reuní las notas y las puse en el escritorio. Abrí la carpeta y dejé dentro el colgante. Medusa me miró, expectante, como si estuviera a punto de hablar. Cerré la carpeta, de golpe, con la finalidad de una pala arrojando tierra a una tumba, sobre un ataúd. Lo que hubiera nacido entre Nicholas Brisbane y yo había muerto. Algo rápido, efímero, que no había durado un año.

Me dije, con firmeza, que no importaba. Iba a volver a casa. Y no volvía sola.

2

Bretaña es un mundo por sí sola.

Cimbelino

Hay pocas tareas tan complicadas como planificar el viaje de una familia. Es testimonio de mi buen carácter y de mi sentido común el hecho de que pudiera preparar nuestra vuelta a casa sin recurrir a la violencia física. Violante, que había rabiado y aullado contra el hecho de no ir a Inglaterra a conocer a su nueva familia, decidió que no quería marcharse de su tierra natal y comenzó a llorar sonoramente durante todas las comidas, mojando los alimentos intactos con sus lágrimas. Lysander, que siempre había sido el más dócil y maleable de mis hermanos, a quien sus hermanas podían persuadir con un poco de llanto o un mohín, se había cubierto con un caparazón de indiferencia y, sencillamente, se dedicaba a comer sin prestar atención a Violante.

Aunque Plum se había unido con entusiasmo al plan de pasar la Navidad en la abadía de Bellmont, de repente se dio cuenta de que iba a alejarse de la precio-

sa luz del norte de Italia indefinidamente. Por lo tanto, pasaba la mayor parte del tiempo en el salón, pintando febrilmente e ignorando las llamadas a comer, contentándose con un poco de fiambre entre dos pedazos de pan y una botella de vino que birlaba de la bodega.

Fui yo la que tuve que encargarme de nuestra marcha con ayuda de Alessandro. Fue inestimable. Se marchaba alegremente a llevar un mensaje o a contratar otro coche para nuestro equipaje. Ninguna tarea era de baja categoría para él. Envolvía libros y ataba paquetes con tan buen humor como el que había mostrado mientras nos enseñaba las maravillas de Florencia. Lo eché de menos cuando nos dejó, el día anterior a la partida, después de prometer que nos encontraríamos en la estación de tren de Milán. Estaba misterioso y un poco callado, me pareció, pero sonrió y me besó la mano, rozándome con los labios no los dedos, sino el pulso en mi muñeca. Antes de que yo pudiera responder, Morag se las arregló para dejar caer una carísima porcelana que pertenecía al propietario de la villa, y cuando yo había comprobado si podía o no podía repararse, Alessandro ya se había ido.

Al día siguiente, nos levantamos pronto e hicimos el viaje a Milán. Plum estaba resplandeciente, con un espantoso fez rojo con borla que había comprado durante sus viajes. Violante sollozaba silenciosamente contra su pañuelo, y se sonaba la nariz a cada minuto, más o menos. Lysander tamborileaba con los dedos en la ventana, midiendo el ritmo de un nuevo *concerto*. La mañana era muy brillante, y la rica luz de Lombardía se derramaba sobre el paisaje y le confería un tono dorado al estilo de una obra maestra del Renacimiento. Incluso los detalles más pequeños estaban envueltos en magia. El más humilde de los campesinos del camino era una visión magnífica, un regalo que atesorar en la

memoria para recordar en un día sombrío y gris de Inglaterra. Suspiré, deseando que Italia nos hubiera despedido de una forma más amable. Habría sido más fácil marcharse en medio de un aguacero.

Milán, al menos, acabó con parte de mi tristeza. La estación estaba abarrotada de gente que hablaba en docenas de dialectos de cuatro lenguas, y yo supe que no echaría de menos el caos de las ciudades italianas. El orden de la sociedad inglesa tenía algo de positivo, pensé, mientras miraba por cuarta vez el reloj de la estación. Alessandro apenas tenía unos minutos para encontrarnos, y yo miré con ansiedad hacia la multitud buscando su figura alta, elegante.

—Quizá lo haya atropellado un carruaje —dijo Morag, amablemente. Yo rebusqué en mi bolso, y saqué su billete.

—Sube al tren, Morag. Tu asiento está en tercera clase. Te veré en París.

Ella tomó su billete, murmurando en gaélico entre dientes. Yo fingí que no la oía y volví la cabeza justo a tiempo para ver a Alessandro, que se acercaba. Tenía prisa, pero su apresuramiento apenas había alterado su aplomo: llevaba la ropa perfectamente ordenada, aunque el pelo ligeramente revuelto, y cuando habló, tenía la voz un tanto entrecortada.

—Ah, por fin os encuentro —dijo. Saludó a mis hermanos y a Violante, que lloriqueó y agitó su pañuelo hacia él.

—Vamos, Alessandro —le dije—. Sólo queda un momento para subir al tren.

—Entonces, subamos —respondió, inclinando la cabeza.

Me ofreció el brazo, y yo me di cuenta de que en el otro llevaba una cesta cubierta con una tela de damasco. La comida, pensé con alegría.

Rápidamente estuvimos sentados en un cómodo compartimiento. Violante y Lysander habían empezado otra discusión, y se estaban susurrando con ira el uno al otro. Plum sacó su cuaderno de bocetos para plasmar una cara que había visto en el andén. El único que parecía emocionado con el viaje era Alessandro, y al mirarme, sus ojos brillaron.

—Te he traído un regalo, un recuerdo de mi país —me dijo suavemente mientras depositaba la cesta a mis pies. Yo la miré.

—Pensaba que era la comida, pero como la cesta acaba de moverse sola, prefiero que no lo sea —respondí yo.

Él se rió, con una carcajada cortés y bien modulada. Según había observado yo, a los florentinos les encantaba reírse, pero modestamente.

A petición suya, levanté la tela adamascada y miré dentro de la cesta.

—Qué sorpresa —murmuré—. Y qué amable por tu parte, Alessandro. ¿Puedes decirme qué es, exactamente?

En aquella ocasión se rió con ganas, echando hacia atrás la cabeza y mostrándome un hoyuelo que tenía en la mejilla.

—Ah, Julia, como siempre, me encantas. Es una perra de la raza que en tu país llamáis galgo italiano. Seguramente, la reconoces: esta raza ha sido pintada durante siglos.

Yo miré de nuevo a la temblorosa criatura, que estaba acurrucada contra un cojín. Era blanca y negra, a manchas grandes, con la nariz negra y los ojos como dos pedazos de azabache pulido. Sacó la nariz de la cesta y me olisqueó. Después suspiró y apoyó la cabeza sobre las patas.

—Por supuesto. Ahora lo veo —le dije, preguntándome cómo aquella criatura frágil, con aspecto de rata,

podía estar emparentada con las mascotas mimadas que yo había visto adornando los regazos de los *principesse* en los marcos dorados.

—*È ammalata* —dijo Alessandro a modo de disculpa—. Se encuentra un poco mal. No le gusta viajar. Ayer la puse en su cestita, y no quiere salir.

—Oh, no te preocupes —dije yo, poniendo rápidamente el damasco sobre su nariz de nuevo—. Quizá sólo necesite un poco de descanso. ¿Cómo se llama?

—Eso debes decidirlo tú.

No lo dudé.

—Entonces la llamaré como mi lugar preferido de Italia. La llamaré Florencia.

Alessandro sonrió, una sonrisa que cualquier ninfa hubiera envidiado, preciosos labios curvados, dientes blancos y parejos.

—Le haces un gran honor a mi ciudad, Florencia. Me alegro de que te guste. Quería que tuvieras una muestra de mi agradecimiento por haberme invitado, tan amablemente, al hogar de tu familia.

Estrictamente, la invitación era de Plum, y yo me percaté de que no había ningún cachorro tembloroso de cara afilada para él. Mientras agarraba la cesta y miraba por la ventanilla, despidiéndome en silencio de aquel país al que había llegado a querer tanto, me pregunté que significado tendría aquel regalo. Alessandro había querido decir que era un regalo por nuestra hospitalidad, un modo de dar las gracias a un anfitrión por abrirle su hogar. Sin embargo, yo no podía evitar pensar que había algo más significativo en sus intenciones. Y no estaba del todo disconforme.

París estaba gris y oscura, enfurruñada bajo el cielo encapotado, como una colegiala engreída. Habíamos

permanecido allí unos días para hacer compras y mostrarle las vistas a Alessandro, pero ninguno de nosotros olvidó por un momento que volvíamos a casa en desgracia. Lysander y Violante se habían reconciliado y pasaron la mayor parte del tiempo haciéndose arrumacos y poniendo unas caras de dulzura repugnantes. Plum, sin duda irritado por el buen humor de la pareja, estuvo de mal humor hasta que le compré el chaleco más espantoso que encontré, de tafetán violeta con amapolas naranjas. Se empeñó en ponérselo con su fez, y allá donde fuéramos, los parisinos se paraban a mirar. Por su parte, Alessandro estaba apagado. Yo había pensado que las glorias de París lo fascinarían, pero se limitó a observarlas y a tomar unas cuantas notas en su guía de viaje. Cuando lo vi diciéndole palabras de cariño a Florencia en italiano, me di cuenta de que el pobre muchacho debía de tener nostalgia de su tierra. Nunca había salido de Italia, y aquel viaje había sido algo muy repentino. No había habido lugar para la impaciencia, ni tardes sosegadas ante el fuego, con mapas y guías y listas, sin oportunidad de soñar con él. Creo que la realidad de los monumentos grises y fríos, y de las calles húmedas, había mojado tanto su espíritu como nos había mojado los bajos de los trajes. Me prometí que Alessandro disfrutaría de su estancia en la abadía de Bellmont y de las navidades inglesas, aunque el esfuerzo me matara. Por supuesto, no había forma de que yo supiera, en aquel momento, que verdaderamente iba a morir alguien.

A diferencia del tiempo lluvioso de París, cuando llegamos a Londres el cielo estaba despejado. La luz del sol iluminaba la cúpula de San Pablo y las casitas de ladrillo, adosadas unas a otras como los libros en el

estante de cualquier librería. Incluso el aire tenía un olor más dulce para mí en aquella ciudad, prueba de mi estado de enamoramiento, puesto que el aire de Londres nunca había sido saludable. Yo le señalé los monumentos y edificios más importantes a Alessandro, y le prometí que regresaríamos después de Navidad para conocer la ciudad. Él se inclinó hacia delante en el asiento y apoyó las manos contra el cristal, observando la gran metrópoli.

—Es tan grande —dijo suavemente—. Nunca había pensado que vería una ciudad tan grande.

—Sí, lo es. Y está muy sucia, además. Pero yo la adoro. Bueno, ahora iremos al Grand Hotel para pasar la noche, y mañana tomaremos el tren hacia Blessingstoke. El trayecto no es largo. Blessingstoke está en Sussex, y la abadía está cerca del pueblo.

Plum se inclinó hacia delante para admirar las vistas.

—Por los clavos de Cristo, no ha cambiado nada.

—Plum, puede que Shakespeare también las usara, pero ya sabes lo que piensa la tía Hermia de las irreverencias.

Él agitó una mano completamente manchada de carboncillo.

—La tía Hermia estará tan contenta de ver a sus hijos pródigos que no le importará si llego vestido de harapos y jurando como un marinero. Me apuesto lo que quieras a que están asando corderos mientras nosotros hablamos.

No me quedaba más remedio que estar de acuerdo con él. Tía Hermia era la hermana más pequeña de papá, y había ido a vivir a la abadía cuando nuestra madre había muerto de agotamiento. Diez hijos en dieciséis años habían sido demasiado para su cuerpo ligero, esbelto. La tía Hermia había hecho lo que había podido por inculcarnos buenos modales y sentido del

decoro, pero setecientos años de la excentricidad de los March era demasiado incluso para su férrea voluntad. Nosotros éramos educados, pero el barniz de civilización era muy fino. A medida que pasaban los años, la tía Hermia había llegado a aceptar sus propias peculiaridades, y era cierto que su salón era el único de toda Inglaterra donde se invitaba a las damas a fumar después de la cena. No era necesario decir que los March rara vez recibían invitaciones para acudir a la corte.

—Hablando de volver a casa —dijo Plum, un poco apenado—. Supongo que no podemos quedarnos en la Casa March, en vez de en el Grand Hotel.

Yo me quedé sorprendida.

—Plum, ya hemos hecho planes para alojarnos en el hotel. No creo que sea justo decirles ahora que no. Además, papá está en Sussex. La casa estará cerrada desde hace meses, y no podemos aparecer de buenas a primeras y obligar a los criados a prepararlo todo apresuradamente, a quitar sábanas polvorientas y hacer comidas sin previo aviso.

—Son criados, Julia —dijo Plum con exasperación—. Estarán conformes haciendo lo que se espera de ellos.

Yo lo miré atentamente y examiné su atuendo. Tenía sueltos los botones del abrigo, clara señal de que había estado tirando de ellos distraídamente. Era un hábito nervioso que tenía desde la niñez. Dejaba caer botones tal y como la Reina de Mayo dejaba caer flores a su paso. Las doncellas habían dejado de cosérselos y, normalmente, él iba por ahí con el abrigo abierto. Sí, había algo que le estaba preocupando, y yo no creía que la única causa de su irritación fuera el matrimonio de Lysander. Sospechaba que tenía los bolsillos vacíos; los gustos de Plum eran caros, ni siquiera las generosas asignaciones de papá podían estirarse tanto.

Sin embargo, incluso aunque Plum estuviera al borde de la ruina, había otras cosas en las que pensar.

—Es descortés tanto para la servidumbre de la Casa March como para el hotel —le dije—. Además, no creo que ayude a nuestra causa con papá el hecho de meternos en March House sin aviso, y molestar a sus criados y comernos su comida. Sabes que le enviarán las facturas. En otras circunstancias quizá estuviera de acuerdo contigo, pero creo que con un poco de prudencia por nuestra parte, podemos facilitarle las cosas a Ly —terminé.

Plum miró hacia el otro extremo del compartimiento, donde Lysander y Violante estaban acurrucados, con las cabezas juntas, mientras se susurraban palabras de amor.

—Y debemos hacer todo lo que podamos por Lysander —dijo Plum, con su preciosa boca curvada en una sonrisa de malicia. Aquella sonrisa desapareció tan pronto como había aparecido, y mi hermano se ocultó detrás de un periódico abierto.

Yo me volví hacia Alessandro para ofrecerle una disculpa, pero él estaba mirando por la ventanilla con una expresión triste, lejana. No lo interrumpí, y el resto del viaje hacia el centro de Londres transcurrió en silencio.

El director del Grand Hotel, en una muestra de amabilidad sin precedentes, me asignó una suite en un piso distinto al del resto de mi familia. Habían tenido algunas dificultades con las habitaciones, dijo agitando las manos con nerviosismo. Nuestra carta había llegado muy tarde, estaban en temporada alta y se acercaban las fiestas. Yo lo tranquilicé y tomé la llave con inmensa gratitud por verme alejada del resto del grupo. Violante y Lysander se habían peleado de nuevo en el

andén de la estación, Plum estaba de un evidente mal humor y Alessandro estaba ya visiblemente angustiado. Sólo sonrió cuando se dio cuenta de que yo no conseguía hacer salir a Florencia de la cesta. Estaba acurrucada sobre el cojín, mirándome con el desdén y la altivez de una zarina.

—Florencia, sal ahora mismo. Esto es inaceptable —le dije yo. Alessandro me sonrió, pero la sonrisa no ahuyentó la tristeza de sus ojos.

—Ah, mi querida Julia. No te entiende. Es una perrita italiana, y debes hablarle en italiano.

—¿Lo dices en serio? ¿Tengo que hablar en italiano con ella?

—Por supuesto. Haz lo mismo que yo —dijo él. Se inclinó rápidamente y le habló al animal con una voz suave, seductora—. *Dai*, Firenze.

La perrita dio un salto y esperó pacientemente junto a su talón.

—¿Lo ves? Muy fácil. Quiere complacerte.

La perra y yo nos miramos. Yo tenía mis dudas sobre que ella quisiera complacerme, pero de todos modos le di las gracias a Alessandro y me di la vuelta para entrar al hotel. Florencia se sentó, apuntándome con su larga nariz.

Yo suspiré.

—*Andiamo*, Firenze. Vamos —dije. Ella trotó y olisqueó mi falda. Después exhaló un largo suspiro de desilusión.

—Sé perfectamente cómo te sientes.

A la mañana siguiente bajé a desayunar al elegante comedor del hotel, sintiéndome optimista y de buen humor después de una buena noche de descanso. Parecía que el hecho de estar de nuevo en suelo inglés me

había calmado, y había dormido profundamente, sin sueños. Me desperté cuando Florencia ladró para pedir que la llevaran a dar un paseo. Yo se la entregué a Morag con unas cuantas palabras en italiano, aunque no tenía duda de que ella sólo le devolvería los ladridos en gaélico. Sin embargo, ni siquiera el mal humor de Morag pudo con mi optimismo cuando entré en el salón. Debía de haber sabido que aquello no iba a durar.

Junto a mi plato había una nota que Lysander había garabateado a toda prisa, explicándome que Violante y él habían decidido quedarse a dormir hasta tarde y que tomarían el tren de la tarde, en vez de el de la mañana, tal y como habíamos planeado. Yo arrugué la nota y la dejé sobre el plato de la mantequilla. Una verdadera mentira. Era un ataque de cobardía. Ly estaba nervioso por la perspectiva de tener que enfrentarse a papá. La posibilidad de perder su considerable asignación, sobre todo con una esposa a la que mantener, era sombría. La idea de tener que mantener a Violante con las ganancias de sus composiciones musicales era risible, pero también muy real. Ly sólo estaba intentando ganar tiempo. Esperaba que los demás nos fuéramos a la abadía de Bellmont y le suavizáramos el camino, que calmáramos a nuestro padre y consiguiéramos que se reuniera con él en términos más felices.

Sin embargo, no iba a ser posible. Con ganas, me dediqué a tomar un desayuno abundante: huevos, bacón, gachas, tostadas, compota de frutas y una buena taza de té. Disfruté mucho. Los italianos, pese a su maravillosa cocina, no sabían preparar un desayuno. Un poco de pan y una taza de café con leche era un modo demasiado frugal de comenzar el día. Cuando me sentí fortificada, hablé con el camarero unos segundos, subí a la habitación de Violante y Lysander y llamé a la puerta con energía.

Oí un murmullo somnoliento, pero volví a llamar, y después de un largo momento, fue Lysander quien abrió la puerta, envuelto en su bata y con una expresión fulminante.

—Julia, ¿qué demonios quieres? ¿Es que no has leído mi nota?

Yo le sonreí con dulzura.

—En realidad, sí. Y me temo que no servirá, Lysander. Tenemos que estar en la estación del tren dentro de menos de una hora. He pedido que te suban el desayuno a la habitación. Me temo que no tendrás tiempo para tomar más que una tostada y un café, pero el hotel está preparando una comida para el viaje.

Él me miró con la boca abierta.

—Julia, de veras, no entiendo por qué…

Entonces apareció Violante, con una prenda de encaje por los hombros, bostezando, con el pelo negro recogido con lacitos, como si fuera una colegiala. Estaba pálida y parecía que estaba cansada, porque tenía ojeras. Yo la saludé cordialmente.

—Buenos días, Violante. Espero que hayas dormido bien. Ha habido un cambio de planes, querida. Todos vamos a viajar juntos hoy por la mañana. Morag te ayudará a vestirte. Es muy eficiente, pese a todos sus defectos, y las doncellas del hotel son muy lentas.

—Si, Giulia. *Grazie* —dijo ella, y asintió obedientemente. Sin embargo, Lysander se mantuvo firme e irguió los hombros.

—Vamos a ver, Julia. No voy a permitir que me organices la vida como si yo fuera un niño y tú fueras mi niñera. Soy tu hermano mayor, y parece que lo has olvidado. Mi esposa y yo iremos a Blessingstoke cuando nos convenga, no cuando tú ordenes.

Yo me quedé mirándolo con las cejas arqueadas,

sin decir nada. Después de un momento, mi hermano gruñó y dejó caer los hombros.

—Dios Santo ¿por qué estoy rodeado de mujeres mandonas?

Yo le sonreí para demostrarle que no le guardaba rencor.

—Eso no puedo decírtelo, Lysander. Nos veremos pronto.

Me volví hacia Violante, que estaba observando nuestra conversación especulativamente.

—Recuérdame que tenga una pequeña charla cuando lleguemos a la abadía, querida.

Ella abrió la boca para responder, pero Lysander la metió en la habitación y cerró de un portazo. Yo me encogí de hombros y me di la vuelta para marcharme, pero me encontré a Plum en la puerta de su habitación, haciendo todo lo posible por contener la risa. Le lancé una mirada de advertencia, y él alzó las manos.

—Yo ya estoy vestido, y el ayuda de cámara del hotel está terminando de hacer mi baúl mientras hablamos. Iba a bajar a desayunar ahora mismo.

Yo asentí y seguí hacia mi suite, bastante satisfecha de mí misma. Una hora después, aquel sentimiento se había desvanecido. Pese a todos mis esfuerzos, fue necesaria la ayuda de bastantes miembros del servicio del hotel para conseguir que los March estuvieran listos, y eso ocurrió en el último segundo. Alessandro estaba esperando a la hora convenida, impecablemente arreglado, pero hicieron falta dos mozos, tres doncellas y la ayuda de Morag para terminar los baúles y las maletas de los demás. Se habían perdido una bota Wellington, el libro de oraciones de Violante y el abrigo favorito de Plum, un repugnante asunto de color morado con ribete de encaje color café, y hubo que encontrarlos antes de poder marchar. Salimos hacia los carruajes

dejando doncellas, envoltorios de dulces y periódicos por el camino. No estoy completamente segura, pero creo que vi al director del hotel exhalar un suspiro de alivio cuando nos alejábamos.

El tráfico, como de costumbre en Londres, era horrible. Llegamos a la estación con pocos minutos, y una flota de porteadores nos llevó hasta el andén, gruñendo con ingenio por el esfuerzo que hacían sus espaldas. Yo acababa de volverme para contestar al más descarado de todos ellos cuando oí que alguien me llamaba por encima del jaleo del andén, que estaba abarrotado.

—¡Julia Grey! ¿Qué te propones, cargando a honestos ingleses como si fueran porteadores nativos? ¿Es que no tienes vergüenza?

Yo me di la vuelta y vi a mi hermana favorita caminando hacia mí con otro porteador que se tambaleaba tras ella. Estaba jadeando, y tenía casi el mismo color que el asqueroso abrigo de Plum.

—¡Portia! —exclamé, y la abracé, parpadeando para contener una súbita oleada de emoción—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Ir a la abadía, lo mismo que tú. No tenía pensado ir hasta dentro de una o dos semanas, pero papá está desesperado. Tiene una casa llena de invitados y no hay nadie que haga de anfitriona.

—Queda casi un mes para Navidad. ¿Por qué tiene ya invitados? ¿Y qué pasa con la tía Hermia? Recibimos una carta suya.

Portia sacudió la cabeza.

—Papá ha tramado algo. Hay sorpresas para nosotros, eso es todo lo que me ha dicho. En cuanto a la tía Hermia, está aquí, en Londres. Vino a que le sacaran una muela, y todavía está muy incómoda para viajar. Jane la va a cuidar hasta que se sienta lo suficientemen-

te bien, y entonces irán juntas a la abadía. Mientras, papá me mandó llamar. Ya sabes que el pobrecito es un desastre a la hora de poner tarjetas y diseñar menús.

Miró por encima de mi hombro.

—Ah, ya veo que Ly ha venido, después de todo. Me he apostado cinco libras con Jane a que se escondería hasta que alguien hubiera suavizado a papá. ¡Hola, Plum! No te había visto, ahí escondido detrás de Julia, con cara de vinagre. Ven a darme un beso. Te he echado de menos, ¿sabes?

Plum se adelantó y la besó con afecto. Siempre habían sido muy amigos, y compañeros en terribles escapadas, aunque no se habían visto mucho durante los últimos años. Plum había viajado demasiado, y desaprobaba vagamente el estilo de vida de Portia. Por su parte, Portia había adoptado una viudez extravagante. Normalmente vestía de un solo color de la cabeza a los pies, y vivía con la prima de su difunto esposo, que era su amante, para estupefacción de la alta sociedad.

Aquel día iba vestida de verde, del mismo color maravilloso que sus ojos, pero su amada Jane no la había acompañado. Plum le dio un beso en la mejilla.

—Eso está mejor —dijo ella, liberándolo de su abrazo—. ¿Qué os parece la esposa de Lysander? Es muy guapa, pero me temo que lo tiene a raya. Después de todo, es latina. ¿Y quién es él? —preguntó, mirando a Alessandro. Él se había quedado a una corta distancia, educadamente, pero obedeció al dedo torcido de Portia, se quitó el sombrero y le hizo una reverencia tan elegante como le permitió la muchedumbre que abarrotaba el andén.

—Alessandro Fornacci. A su servicio, milady.

Portia lo miró con un absoluto deleite, y yo me di cuenta de que abría la boca, sin duda para decir algo horriblemente inapropiado. Me apresuré a distraerla.

—Alessandro, te presento a nuestra hermana, lady Bettiscombe. Portia, querida, creo que deberíamos subir al tren antes de que se vaya sin nosotros. El jefe de estación tiene cara de estar muy enfadado.

La tomé del brazo y ella me permitió que la condujera hasta el vagón. No dijo nada, no hizo preguntas, lo cual me puso nerviosa. Una Portia callada era una Portia peligrosa, y hasta que no estuvimos cómodamente sentadas y el tren salió de la estación, no me permití relajarme un poco. Alessandro y Plum se habían sentado un poco alejados, y Lysander y Violante, después de saludar a Portia, se habían sentado incluso más lejos. Lysander todavía estaba malhumorado por su marcha obligada, y Violante era demasiado indolente como para preocuparse de dónde se sentaban. De la cesta que había a los pies de Portia emanó un olor espantoso, y yo suspiré, escondiendo la nariz en mi pañuelo. Si inhalaba profundamente, casi podía olvidar el hedor.

—No puedo creerme que hayas traído a esa monstruosidad —le dije.

Portia me miró severamente.

—Eres muy fría con el señor Pugglesworth, Julia, y no entiendo por qué. Puggy te adora.

—Puggy no adora a nadie más que a ti, además de que está medio putrefacto.

—Es distinguido —corrigió ella—. Además, me doy cuenta de que tú tienes una cesta muy similar. ¿Has adquirido un souvenir en tus viajes?

—Sí. Una criatura casi tan vil como Puggy. Es temperamental y odiosa, y me detesta. Ayer se comió el tacón de mi bota favorita sólo porque podía hacerlo —dije. Moví la cesta con la punta del pie y ella gruñó como respuesta—. Sólo entiende el italiano, así que estoy intentando enseñarle inglés. Calma, Florencia. Tranquila.